

REVISTA ESTUDIANTIL

ENTRE LINEAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

Las relaciones de poder y el contexto de la violencia en los cuentos de Carlos Arturo Gamboa

Oscar Andrés Sánchez

oasanchez@ut.edu.co

Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana

X Semestre – CAT Ibagué

Universidad del Tolima

La violencia es el miedo a las ideas de los demás

Mahatma Gandhi.

Hablar de la historia del hombre en la tierra es toda una dicotomía, pues es platicar del cielo y del infierno, es entrelazar alegría con llanto, riqueza con sangre, angustia con esperanza, amor con odio y mentira con verdad. Ha sido este el que, desde sus inicios hasta nuestros tiempos, ha estado atravesado por la espada de la violencia, por la crueldad en todo su esplendor; han bañado de sangre y llanto todo lo que la naturaleza les ha dado, han convertido la creación en un campo de batalla.

Esta violencia que ha sido creada por la ambición, por la avaricia y el deseo de poder de unos pocos, ha practicado la injusticia, la barbarie y el resentimiento; esos muy viscerales que han desfigurado su identidad, que han pervertido y satanizado todo cuanto de bello hay el mundo. Cada uno de los seres humanos ha sufrido este flagelo y ha sido víctima de una u otra manera, de la desfiguración que produce el terror de unos sobre otros por el simple hecho de habitar este planeta.

Partiendo de este panorama, el presente trabajo tiene como objetivo descifrar por medio de algunos cuentos del profesor y escritor tolimense Carlos Arturo Gamboa, las relaciones de poder y el contexto de la violencia que el autor cuestiona en medio de sus creaciones literarias. Para ello, se ha tomado de su repertorio literario, los siguientes cuentos: “Cadáver insepulto” y “Díganle a Julio que la guerra terminó”, publicados en la revista “El Salmón”. Igualmente los cuentos cortos “El dictador”, “Réquiem”, “Monólogo de pilatos” y “Jaque mate” de su libro *Sueño imperfecto* (2009).

Pero, antes de entrar en dicha temática, es necesario descifrar el vocablo “violencia”, pues es esta palabra la que va a acompañar todas las ideas que en este escrito se van a desarrollar. El término, a través de la historia, ha recibido diferentes significados en los que se describe distintos procesos donde se involucran el hombre en su doble rol, la de víctima y la de victimario. Muchos la asemejan solamente al enfrentamiento armado entre dos grupos, uno





que se defiende y otro que ataca. Pero esta no es solo la única forma de practicarlo, pues en este siglo, la violencia es vista como todo acto que atente contra la dignidad y los derechos de los sujetos. Lo mismo hace referencia a actos como el rechazo, la ofensa, el chantaje, el abuso del poder, la mentira que se ejerce por medio de los discursos, etc. Es decir, actos que van en contravía de la naturaleza del ser humano, que intimiden su paz física y mental.

Así pues, la violencia sería, por ende, acciones de un ser humano en contra de su propia dignidad y la de los demás. Una amenaza contra la propia naturaleza, algo así como entrar sin permiso a habitar la vida de otro con el ánimo de pisotearla, ultrajarla y así, realizar las más profundas pasiones y deseos. Se llama violencia porque se apodera de lo que no se pertenece, de lo que creemos que es de nuestra propiedad sin permitirnos pensar que aun, ni la propia vida, es nuestra. Jean Paul Sartre diría: “La violencia, sea cual sea su forma en que se manifieste, es un fracaso”.

Este fracaso empieza cuando desde la vestidura del poder se ejerce opresión e injusticia justificada, las cuales, han estado presente en las

historias de la humanidad. Por ejemplo, en el cuento “El monólogo de pilatos”, el cuentista menciona cómo este hombre desde su posición toma una decisión que sabe no es justa pero que, sin importarle, en un acto de cinismo, afirma: “Me lavé las manos y con eso creí salvar mi responsabilidad de la injusta muerte de ese Nazareno; pero la verdad estoy aterrado con esos judíos. Si el tal Cristo ese decía ser su Dios, ¿Por qué matarlo?” y añade: ¿Cómo pueden los hombres encender tanto rencor contra los hombres? ¿acaso no era ese profeta que predicaba amarnos los unos a los otros?” (Gamboa, p.34). Podemos observar en este caso, cómo un hombre desde su poder puede evitar la violencia y defender la injusticia, pero decide practicar lo contrario. Cómo justifica su accionar, cómo evita perder su vestidura por defender la vida de un ser humano, cómo se entrega al poder y lo abraza. A tal punto, que no le importa entregar al que sea con tal



de no perderlo. Bien lo diría Edmund Burke, que “cuanto mayor es el poder, más peligroso es el abuso”.

Otra prueba del poder es el que se encuentra en el cuento “El dictador” quien narra la historia de un hombre que es elegido para impartir justicia, pero, cuando toma el cargo, empieza a abusar del mismo. La gente al reclamarle por su accionar, responde: “Soy inocente, ante el universo, ante su creador y ante los hombres. La culpa tiene que ser repartida entre ustedes y su Dios”. Respuesta de un hombre que justifica su injusticia y su crueldad cobijado bajo el poder que el pueblo le ha otorgado. En su descaro, plantea el autor, no se sonroja al afirmar que no es culpable, que solo cumple la misión por la que lo pusieron en ese puesto: “¿acaso no me programaron para ser el justiciero?”. Por ende, si buscan culpables, deben buscarlos entre quienes lo pusieron en el cargo y el Dios en quien ellos creen. Bien lo afirma Denis Diderot: “Cuidado con el hombre que habla de poner las cosas en orden. Pues eso significa ponerlas bajo su control”

Estas dos formas de poder, aunque no son las únicas que han existido en la historia de la humanidad y que el autor nos muestra dentro de sus creaciones, han hecho bastante daño. Pues, han sido responsables de las más atroces injusticias y, por ende, de la más cruenta violencia. Pero, este tipo de poderes, aunque se crean invencibles, tarde que temprano su reinado se ve desafiado por la fragilidad humana. Esta, que está cargada de envidia, traición y pasión. Como el caso sucedido en el cuento “Jaque mate” que narra la historia de un caballero que, en un acto de desafío, logra penetrar lo más íntimo y preciado que un rey puede tener, su reina. Al ser descubierto, este narra su experiencia diciendo: “fui desterrado por el rey en un acto total de injusticia erótica”. Pero, mientras iba caminando con sus manos y pies atados y, con flechazos en su espalda que provenían de las murallas, vociferaba con tono victorioso: “Solo ella estará pensando en mí,



recordando mis visitas nocturnas para llenar su cuerpo de esencias orientales; recordará mis manos luchando contra su corpiño, mis dedos penetrando sus rincones viscosos, mi lengua humectando su ombligo candente” (Gamboa, p.16). Este hombre supo burlarse del poder, supo entrar con sigilo y hacer daño, llegó donde muchos hombres no se atreven a llegar, caricaturizó al rey. En pocas palabras, se cagó en el castillo. Fue desterrado, pero siempre llevará la victoria en su memoria y, cada vez que su memoria lo recuerde, sonreirá y dirá: “Estoy desterrado, pero llevo mi triunfo. Construí en su cuerpo un monumento a la lujuria”

Todos estos actos, propios de la naturaleza humana, han sido la base de la violencia que ha generado destrucción, ira, dolor, angustia, desolación y muerte. Muerte, que nos muestra el cuento “Cadáver insepulto” que narra la historia de un joven que llega a un pueblo de ciento cincuenta habitantes en el territorio colombiano. En su mayoría, mujeres viudas con su recua de huérfanos. Comunidad que tiene como eje central de comercio el río. El mismo, que en los últimos años se había convertido en el transporte cotidiano de cadáveres. Uno de esos, un día llamó la atención: “Sólo los alertó el hecho significativo de que aquel cadáver danzara río arriba”, escena que era distinta y, por lo tanto, llamativa para la comunidad, pues sigue el autor: “Durante las dos últimas décadas habían bajado por ese cauce tantos muertos, que uno más era parte del inventario cotidiano” (Gamboa, p.28).

Seguida la escena que duró diez minutos, el autor muestra que sus habitantes continuaron sus vidas como si lo que acabaran de presenciar no hubiese sido trascendental: “Después empezaron a regresar hacia sus ranchos, teledirigidos por una extraña parsimonia. Todos en silencio, como si acabasen de observar un milagro”. Silencio que se sentía en todas las familias, pues habían sido callados a fuerza de sangre: “Estaban tan acostumbrados al rito de la barbarie que apenas se limitaban a dar sus nombres y a saludar con una desconfiada cortesía”. (Gamboa, p. 26)

De este territorio que un día fue fuente de vida, la violencia, muestra el autor: “Había convertido en una sombra la pujanza que había merodeado sus riberas”. Y, el joven, en medio de esa desesperanza, trató de ganarse la confianza de los habitantes a través de los niños, mostrándoles por medio del estudio un mundo diferente, una nueva oportunidad. Pero, en su férrea certeza de que nada iba a cambiar, uno de sus habitantes afirmaba: “para qué leer, mejor que aprendan a contar cruces”. *Expresión de un hombre que ha sufrido el flagelo de la violencia, de la barbarie,*

que ha visto bajar por ese río quien sabe cuántos amigos, familiares o vecinos. Su voz deja ver que tiene claro que a cualquier momento puede ser él o cualquier otro de la comunidad.

Estas palabras hacen eco y se entrelazan con el último cuento de los que aquí nos hemos propuesto abarcar. Este es, “Réquiem”, pues muestra por medio de un lenguaje desesperanzador, las formas futuras de relacionarnos los seres humanos, argumentando que ha sido por medio de la espada que se han civilizado los pueblos y que, la violencia, se establecerá de generación en generación: “Profesan los antiguos escritos que existirá una regencia en donde la barbarie se establecerá por siglos. En donde se matará por placer de ver morir”. Esta profecía pareciera que se estuviera haciendo vida en toda la humanidad, pues como hemos venido hablando, estas, se manifiestan de manera desorbitante en la realidad de las personas y de las comunidades. El mismo cuento lo expresa de manera cruda pero real: “Hordas de salvajes empuñan sus fusiles y salen a saciar la sed de sangre en cruzadas sin



sentido, levantan barricadas de miedo”. En este panorama, nos preguntamos, dónde está la razón, dónde los sentimientos, dónde el amor y, el mismo autor nos responde: “allí el amor será una palabra en desuso”. Pero, entonces ¿dónde quedarán los dioses que son los encargados de impartir justicia? ¿no estarán en el corazón del hombre? ¿no podrá controlar a toda esta gente en su irracionalidad? pues indica el autor: “No hay dios que controle la jauría hambrienta de venganza”. Quizás, ese ser supremo abusó con darle demasiada libertad o, el hombre, no ha descubierto su fin.

Podemos concluir que el escritor Gamboa nos muestra a través de sus breves narraciones, cómo el poder ha sido una fuente inagotable de violencia; cómo desde su lugar se han dado órdenes para infringir la ley y los derechos; cómo se ha dejado de impartir justicia para quienes la necesitan; cómo se ha usado la fuerza para entablar las ideas; cómo se ha utilizado la espada para colonizar y desplazar las conciencias; cómo se ha buscado el beneficio personal y no comunitario; cómo se ha abusado para ejercer control de todo; y cómo se ha desdibujado la dignidad humana y la comunitaria. Solo nos queda pensar y desear que en algún momento de nuestra historia podamos hacer uso del título del cuento del mismo autor: “Díganle a Julio que la guerra terminó”.



Referencias

Gamboa, Carlos Arturo. Cuento “Cadáver insepulto”. Revista El Salmón, en: https://issuu.com/elsalmonurbano/docs/el_salmon

Gamboa, Carlos Arturo. Cuento “Díganle a Julio que la guerra terminó”. Revista Ergoletrías, en: <https://revistas.ut.edu.co/index.php/ergoletrias/article/view/1615/1232>

Gamboa, Carlos Arturo (2009). *Sueño imperfecto*. Ibagué. Sello Editorial Universidad del Tolimaa



**ENTRE
LINEAS**